



Reflection from Fr. Melanio Viuya, MJ
21st Sunday in Ordinary Time— Year A

The crisis of modern leadership is rarely a lack of competence; it is a crisis of ownership. Across politics, corporate boardrooms, and parish councils, we witness leaders who treat their positions as personal property rather than entrusted stewardship.

When authority is viewed as a trophy to defend, leaders become defensive, obsessed with public relations, and willing to sacrifice the long-term well-being of their communities to protect their personal or party brand.

Like Shebna in the Book of Isaiah, today's landscape is crowded with figures building monuments to their own influence while the foundations of the institutions they serve crumble beneath them.

A truly biblical application of authority demands that our modern leaders align their daily agendas with God's blueprint for human flourishing.

In practical terms, political and economic leaders mismanage their stewardship when policies prioritize partisan victory or short-term profit over the defense of human dignity, the pursuit of basic justice, and the care of creation.

When public discourse descends into tribalism and self-preservation, authority is abused. True leaders—whether managing a nation, a multinational company, or a household budget—must ask a fundamental question before making decisions: Does this choice serve the restoration of a broken world, or does it merely consolidate my own comfort and power?

Finally, modern culture nurtures the illusion that power comes without ultimate accountability. High-profile figures frequently escape earthly consequences for corruption, negligence, or institutional cover-ups through slick public relations and legal maneuvers.

But the gospel trajectory reminds us that no leader is exempt from a final audit. God bypasses corporate spin, political talking points, and follower counts to examine the actual condition of the heart.

Every executive, pastor, voter, and parent will eventually stand before the Master to account for how they used the keys placed in their hands—measured not by popularity or net worth, but by how faithfully they protected the vulnerable and served the common good.

Let us pray this week for our global, national, and parish leaders, that they may lead with the hearts of servants. And let us look at the keys of responsibility in our own hands, striving to be sturdy pegs that hold up the honor of God's family.

Reflexión del Padre Melanio Viuya, MJ
XXI Domingo Ordinario— Ciclo A

La crisis del liderazgo moderno rara vez se debe a una falta de competencia; es una crisis de sentido de propiedad. En la política, en las juntas directivas corporativas y en los consejos parroquiales, somos testigos de líderes que tratan sus cargos como una propiedad personal en lugar de una responsabilidad confiada a su custodia.

Cuando la autoridad se ve como un trofeo que hay que defender, los líderes se vuelven defensivos, se obsesionan con las relaciones públicas y están dispuestos a sacrificar el bienestar a largo plazo de sus comunidades con tal de proteger su marca personal o partidista.

Al igual que Sebná en el Libro de Isaías, el panorama actual está lleno de figuras que construyen monumentos a su propia influencia mientras los cimientos de las instituciones a las que sirven se desmoronan debajo de ellos.

Una aplicación verdaderamente bíblica de la autoridad exige que nuestros líderes modernos alineen sus agendas diarias con el diseño de Dios para el florecimiento humano.

En términos prácticos, los líderes políticos y económicos administran mal su responsabilidad cuando las políticas priorizan la victoria partidista o el beneficio a corto plazo por encima de la defensa de la dignidad humana, la búsqueda de la justicia básica y el cuidado de la creación.

Cuando el discurso público se degrada en partidismo y auto preservación, se abusa de la autoridad. Los verdaderos líderes —ya sea que dirijan una nación, una empresa multinacional o el presupuesto de un hogar— deben hacerse una pregunta fundamental antes de tomar decisiones: ¿Sirve esta elección para la restauración de un mundo quebrantado, o simplemente consolida mi propia comodidad y poder?

Por último, la cultura moderna alimenta la ilusión de que el poder viene sin una ración final de cuentas. Figuras de alto perfil escapan con frecuencia de las consecuencias terrenales de su corrupción, negligencia o encubrimientos institucionales mediante astutas estrategias de relaciones públicas y maniobras legales.

Pero la trayectoria del Evangelio nos recuerda que ningún líder está exento de una auditoría final. Dios pasa de largo el barniz corporativo, los puntos de discurso político y el número de seguidores para examinar la condición real del corazón.

Cada ejecutivo, pastor, votante y padre de familia se presentará finalmente ante el Maestro para rendir cuentas de cómo usó las llaves puestas en sus manos, medido no por la popularidad o el patrimonio neto, sino por la fidelidad con la que protegió a los vulnerables y sirvió al bien común.

Oremos esta semana por nuestros líderes globales, nacionales y parroquiales, para que lideren con corazón de siervos. Y miremos las llaves de la responsabilidad que tenemos en nuestras propias manos, esforzándonos por ser estacas firmes que sostengan el honor de la familia de Dios.